Gustavo Martín Garzo

El cuarto de los sombreros

Galaxia Gutenberg

GUSTAVO MARTÍN GARZO

El cuarto de los sombreros

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española
de Gremios y Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2024

© Gustavo Martín Garzo, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 9959-2024
ISBN: 978-84-10107-60-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Emilia Garzo, mi madre, que guardaba
las llaves del primer jardín.

El cuarto de los sombreros

Buscamos el amor como busca el recién nacido los latidos del corazón de su madre.

Pascal Quignard,
Las paradisíacas

Estimada profesora:

Perdone que, al escribirle esta carta, vaya a robarle un poco de su valioso tiempo. Tiene que ser una lata recibir cartas que no has pedido ni deseas, que proceden de personas que no conoces. Y con más razón en su caso, que seguro que son muchos los que le escriben pidiéndole cosas o para quejarse de algo; por ejemplo, sus alumnos, que es raro que estén contentos con las notas que les dan. La gente no hace más que quejarse. Todos piensan que no tienen lo que merecen. Pero ¿qué merecemos? ¿Un palacio, un vestido precioso, que un guapo desconocido llame a nuestra puerta? Pero ese palacio, ¿qué esconde?; el vestido, ¿qué te obligaría a hacer?; ese desconocido, ¿adónde te llevaría? Si no sabemos nada del mundo, ¿por qué pensamos que podemos ser dueños de lo que hay en él?

Pero no, no le escribo para quejarme de nada ni para molestarla con mis penas, que bien mirado tampoco son tantas y a nadie importan salvo a mí. Lo hago para contarle una historia. Verá, dos personas viven un tiempo en la misma casa. Pasan muchas horas juntas, comparten paseos y proyectos, todo se lo cuentan. Mas la vida un día las separa y se dejan de ver. Pasan los años y una de esas personas, que ya es vieja, se entera de que la otra ha escrito un libro y descubre al leerlo que muchas de las cosas que en él se cuentan son las que vivieron juntas.

Le cuento esto por algo que pasó el otro día en los salones del casino, cuando usted presentaba la novela de Paulina Quiroga. ¿Recuerda a la anciana que desde las filas de atrás levantó la mano para contestar a una mujer que acababa de intervenir? Esa anciana era yo. La mujer dijo que la novela no le había gustado porque a las mujeres reales no les pasaban esas cosas, y yo levanté la mano para protestar. Fui un poco desagradable, lo reconozco, pero ¿qué sabía ella de la autora del libro, de cómo había sido su vida? Yo podía habérselo dicho, pues de todos los que estábamos allí era la única que la había conocido. Además, ¿por qué decía que a las mujeres no les pasaban esas cosas? ¿Acaso éramos todas iguales, como ovejas de un mismo rebaño? Usted intervino para poner paz. Dijo que no había que preocuparse en exceso de que si lo que se contaba en una novela había sucedido o no, pues en toda historia que mereciera la pena, aunque fuera inventada, había algo verdadero. ¿Por qué nos detendríamos a escucharla si no fuera así?

Lamento no haber sabido explicarme mejor, pero mi enfado del casino tenía una explicación, aunque no era cosa de ponerse a darla delante de todos. Verá, yo conocí a Paulina Quiroga. Fue hace muchos años, antes de que empezara a publicar sus libros. Trabajé en su casa por un tiempo. Su padre estaba enfermo y ella me contrató para que le cuidara. Paulina acababa de sacar las oposiciones de profesora de instituto y entre las clases y sus otras ocupaciones apenas paraba en casa. Era yo la que se ocupaba de limpiar y planchar, de hacer la compra, de atender a su padre y darle de comer, pues a causa de una demencia temprana era incapaz de valerse por sí mismo y se pasaba las horas dormitando en su sillón de orejas.

Paulina ya escribía por entonces. Se encerraba en su cuarto y permanecía allí horas enteras. Había que andar con cien ojos con su padre. A veces gritaba o decía cosas que eran como restos perdidos de una vida anterior, fragmentos de una historia que ya no le pertenecía. O se levantaba del sillón y andaba de un lado para otro tocando los objetos como si dudara de su realidad. Lo hacía extendiendo los brazos para no tropezar con paredes y muebles, como si buscara algo que había perdido hace tiempo y sólo en la oscuridad, con la mano que busca una puerta sin encontrarla, pudiera dar con ello. Pero ¿se puede vivir así?, ¿sin conocer, sin saber quién eres, en qué lugar estás?

Paulina sufría al ver a su padre en ese estado. Pensaba en el tierno amor que en otro tiempo le había dado, y no podía entender por qué ahora era incapaz de recordar su nombre. Todo lo que habían vivido juntos ¿dónde estaba? La vida, me dijo una vez, era guardar falsos tesoros en lugares que no existen. Paulina decía con frecuencia cosas así, como las que suelen leerse en los libros. Yo le decía que no se preocupara de su padre, que yo me ocupaba de él. Había estado trabajando en una residencia de ancianos, y sabía cómo tratarlos. No era fácil. Muchos se volvían rencorosos y egoístas, otros te insultaban o te acusaban de haberles pegado, o se ensuciaban para fastidiarte, pero yo podía con ellos. Era como esos muchachos de las granjas que hablan con los caballos y a los que estos hacen caso. ¿Ha visto las imágenes de esas ciudades asoladas por los terremotos o las guerras? Una ruina se confunde con otra, las calles conducen a lugares que ya no existen y no hay posibilidad de encontrar ni consuelo ni belleza en lado alguno, así eran las mentes de los ancianos que cuidaba. ¿Cómo no

iban a enloquecer si sólo había miseria a su alrededor? Vivían en una isla maldita que no podían abandonar. ¿Se podían amar sus pájaros negros, sus bosques llenos de ceniza, sus animales ciegos? No, no se podía. A esa isla sólo se iba para nunca volver.

Hace tiempo leí en un almanaque una lista con las costumbres más extrañas de la tierra, y pensé que los hombres, cuando se hacían viejos, se volvían como los habitantes de esas tribus olvidadas. En una de ellas los hombres se pintaban esqueletos en el cuerpo para atemorizar a los enemigos y tenían la costumbre de colgar los ataúdes en cuevas, acantilados o montañas, para proteger sus almas; en otra, las mujeres debían tener cuellos larguísimos que adornaban con relucientes aros dorados; en otra más, se comían la ceniza de sus propios muertos y vendaban a las niñas los pies, y si un extranjero llegaba a sus tierras lo mataban y se lo comían. También se contaba la historia del único sobreviviente de una tribu que llevaba viviendo muchos años escondido en la selva. Se le conocía como «el hombre del agujero», debido a que cavaba en el centro de unas chozas de palma enormes agujeros de cinco metros de profundidad, que abandonaba cuando alguien se acercaba.

El padre de Paulina era como ese hombre del agujero. Se pasaba los días escondido, sin pedir nada, sin existir. Si no lo hubieras levantado de la cama, se habría quedado eternamente acostado; si no le hubieras dado de comer habría perecido de inanición. Raras veces hablaba. Por las tardes, al regresar Paulina de sus clases, lo vestíamos para llevarlo al parque. Lo sentábamos en un banco de donde ya no se movía. La mirada de los que se despiden de las cosas ¿es la misma de quienes las contemplan por primera vez?

Una tarde Paulina y yo nos acercamos con él al estanque. Vimos las carpas doradas bajo el agua y los patos que alborotaban en las orillas. Las madres patas se bañaban llevándose a sus polluelos detrás como sujetos con un hilo. En el centro había una pequeña isla artificial, construida con piedras, donde reinaban los cisnes. A veces, uno de ellos entraba en el agua y se desplazaba por la superficie altivo y distante, como si considerase a las demás criaturas, incluidas nosotras, de un rango inferior a los de su especie. Otros ánades, sin embargo, sí se acercaban a nosotras. Venían a buscar el pan que les arrojaban los niños pensando que haríamos lo mismo. Un abejaruco, el pájaro que contenía el arcoíris, voló ante nuestros ojos maravillados. Paulina se llevó los dedos a la boca, y yo la imité sin darme cuenta, lo que la hizo sonreír. No quieras ser como yo, me dijo, serás desgraciada si lo haces. Se puso a hablarme de su madre. Había muerto cuando sólo tenía cinco años y la odió con todas sus fuerzas. Era aún muy pequeña y no entendía por qué se había ido, dejándolos solos a su padre y a ella. Pensaba que se había cansado de los dos. Aún no sabía que no somos nosotros quienes elegimos morir.

De regreso a casa, oímos el canto de los pavos reales. Ascendían a las ramas más altas en vuelos repentinos, y desde allí llamaban a las hembras con sonidos que recordaban las bocinas de los coches. Sus largas colas se derramaban entre las hojas como jardines colgantes. Paulina me contó que a veces se escapaban del parque y tenían que ir en su busca. En una ocasión fueron a parar al patio de una residencia, donde los ancianos se los encontraron al levantarse, como si fueran la imagen de su propia juventud y sus propios sueños perdidos. En otra, se fueron andando por las calles y los sorprendieron tan tranquilos

ante los escaparates, como un grupo de damiselas que hubieran salido de compras.

Luego, ya en casa, me habló de un recuerdo de su infancia. Había estado con su padre en aquel parque, como habíamos hecho nosotras esa tarde, y había sido tan feliz que, de vuelta a casa, deseó secretamente seguir siendo quienes la acababan de abandonar, y no el padre y la niña que regresaban a ella. Fue como si se viera a sí misma alejándose calle arriba junto a su padre. Todos esos que hemos sido, los que hemos amado alguna vez, preguntó, ¿dónde están?, ¿podemos vivir sin ellos? ¿Y qué es vivir?, pensé. Cómo iba a decirle que estar con ella en aquel momento era para mí la vida.

Le cuento esto porque al hablar de Paulina no lo hacemos de la misma mujer. Usted conoció a la Paulina escritora, y yo a una joven que sólo tenía veintidós años y vivía agobiada por su trabajo y la enfermedad de su padre. Ni ella es la mujer de la que usted habló el otro día en el casino, ni yo soy la que estuvo en su casa cuidando a su padre. Si aquellas dos muchachas ya no están en el mundo, ¿por qué pensamos que podemos hablar de ellas? Aquel tiempo fue para mí como uno de esos sueños de los que no queda nada al despertar.

Verá, yo no tengo televisión, ni la suelo ver. Pero hace más o menos un mes, en un bar cercano a mi casa, vi que estaban entrevistando a una mujer joven. No la habría prestado la menor atención si en ese momento no llegan a aparecer en la pantalla fotografías de Paulina. En una de ellas estábamos las dos juntas. Agarradas de la mano, junto a aquel estanque del que le acabo de hablar. Yo era amiga de la dueña del bar y le pedí que subiera el volumen del televisor. La entrevistada era una editora a la que Paulina había escrito unas semanas antes de morir. Acababa de

terminar un nuevo libro y le pedía que la fuera a ver, ella estaba enferma y apenas salía de casa. Le proponía un día y un lugar en Oviedo donde podían encontrarse.

Paulina nunca había sido como los demás escritores, contó aquella mujer a su entrevistadora. No acudía a las citas ni aceptaba entrevistas, no permitía que su fotografía apareciera en las solapas de los libros. Vivía aislada en un lugar del que nadie conocía su nombre y, tras la publicación de su último libro, se había sumido en un silencio que se prolongaba ya más de treinta años. La carta provocó el inmediato interés de la editora, que acudió expectante a la cita. Se vieron en una cafetería del centro de Oviedo. Paulina, que era una anciana, traía con ella el manuscrito de su nuevo libro, una novela de apenas cien páginas de extensión. Llevaba unas enormes gafas negras que le cubrían parte del rostro y tenía una palidez enfermiza. La editora le preguntó si se encontraba bien, y le dijo que se estaba muriendo. No quiso entrar en más detalles. Se limitó a entregarle el manuscrito y a pedirle que le escribiera cuando lo hubiera leído. Hablaron entonces del oficio de escribir. No era verdad que ese oficio te acercara a los demás, te alejaba de todo, te transformaba en un paria. El escritor era el extranjero por excelencia. Ni siquiera encontraba refugio en el libro que escribía. La escritura era un oficio de tinieblas, le dijo.

La editora la acompañó hasta la parada de taxis. Paulina andaba lentamente y necesitaba apoyarse en su brazo para no caerse. Los taxis estaban junto a un parque y la brisa acunaba las ramas de los árboles. Un camino de grava conducía hasta los escalones de un kiosco blanco. Paulina le dijo que era triste que ya no hubiera música en los parques, al aire libre, y que en la vida de las personas como ella sólo quedaran recuerdos. Bueno, añadió, pue-

de que el cielo sólo sea eso: reencontrarnos con lo que fuimos perdiendo al vivir. A esas alturas estaba muy animada y no dejaba de hablar. Le dijo que en toda su vida jamás había podido dormir bien, y que de niña se levantaba antes que sus padres para buscar en los sitios que no se atrevía a explorar durante el día. Ya estaban junto a la parada de taxis cuando vieron a una pareja discutir violentamente. La mujer era muy joven y su cara estaba crispada por el dolor. Ninguna pareja es feliz, le dijo Paulina mientras los veían alejarse por uno de los paseos. Y sin embargo se empeñan en vivir juntos. El amor nos hace desgraciados, pero no podemos prescindir de él. Es extraño, ¿verdad?

La editora leyó la novela en el viaje de regreso a Madrid, sin pestañear, sin levantar los ojos de los folios pulcramente mecanografiados, sin una sola corrección. Y esa misma noche, le escribió a Paulina una larga carta celebrando la escritura de aquel libro como un milagro. Todos hablarían de él cuando se publicara, todos se sentirían turbados por su belleza. Le envió la carta al apartado de correos que le había dado, pero Paulina no contestó. Le escribió otras cartas diciéndole que en la editorial estaban entusiasmados con el libro y que querían publicarlo enseguida, aprovechando la campaña de Navidad. Pero tampoco respondió a esas cartas. La editora viajó a Oviedo y visitó la cafetería y los lugares por los que habían paseado juntos con la esperanza de volver a encontrarla, pero fue inútil. Nadie la conocía, nadie sabía quién era, y como las únicas fotografías suyas que tenían eran de su juventud, tampoco le ayudó nada mostrarlas. En la editorial no sabían qué hacer, tenían un libro que querían publicar a toda costa, pero al desconocer el paradero de su autora no podían ponerse en

contacto con ella para firmar el contrato y recibir su consentimiento. Y el libro se quedó olvidado en uno de los armarios cerca de un año más.

Un hecho fortuito vino a cambiarlo todo. Una chica que trabajaba ocasionalmente allí de lectora, y que estaba al tanto de lo que pasaba con el libro de Paulina, les escribió para decirles que había encontrado su tumba. Ella y su novio habían visitado por azar el pequeño cementerio de un pueblecito asturiano y entre sus tumbas vieron una lápida reciente, con un epitafio que enseguida llamó su atención: *Amor omnia*. La lápida no tenía nombre, pero el epitafio le recordó al momento el libro de Paulina, donde había leído esa frase por primera vez. Hizo averiguaciones y, en efecto, en el registro del cementerio comprobó que la tumba era la suya. La editora viajó de inmediato a aquel pueblo. El cementerio estaba situado en una ensenada muy hermosa. Adosado a una iglesia, sus cimientos quedaban dentro del arenal y, en pleamar, el agua llegaba hasta los muros de contención quedando una pequeña península cuya silueta se reflejaba irreal en las aguas tranquilas. Y allí, en aquel lugar mágico, estaba la tumba de Paulina Quiroga, con aquel epitafio que decía que el amor lo era todo. La editora contó esto a su entrevistadora mientras en la pantalla se veía una fotografía de Paulina de joven. Estaba en un campo de espigas. Llevaba puesta una bata muy ligera que el aire hinchaba a su espalda, como una nube que se hubiera posado en el campo, y tenía los ojos cerrados. Estaba muy hermosa, como si conociera uno de esos caminos secretos que llevan a la felicidad que todos deseamos recorrer. Yo sabía de donde procedía el epitafio que había en su tumba. Pertenecía a *Gertrud*, la película que Paulina me llevó a ver una tarde y que pasaría a ser el centro de nuestras vidas.